

200 años de la Biblioteca Nacional

UNA HISTORIA

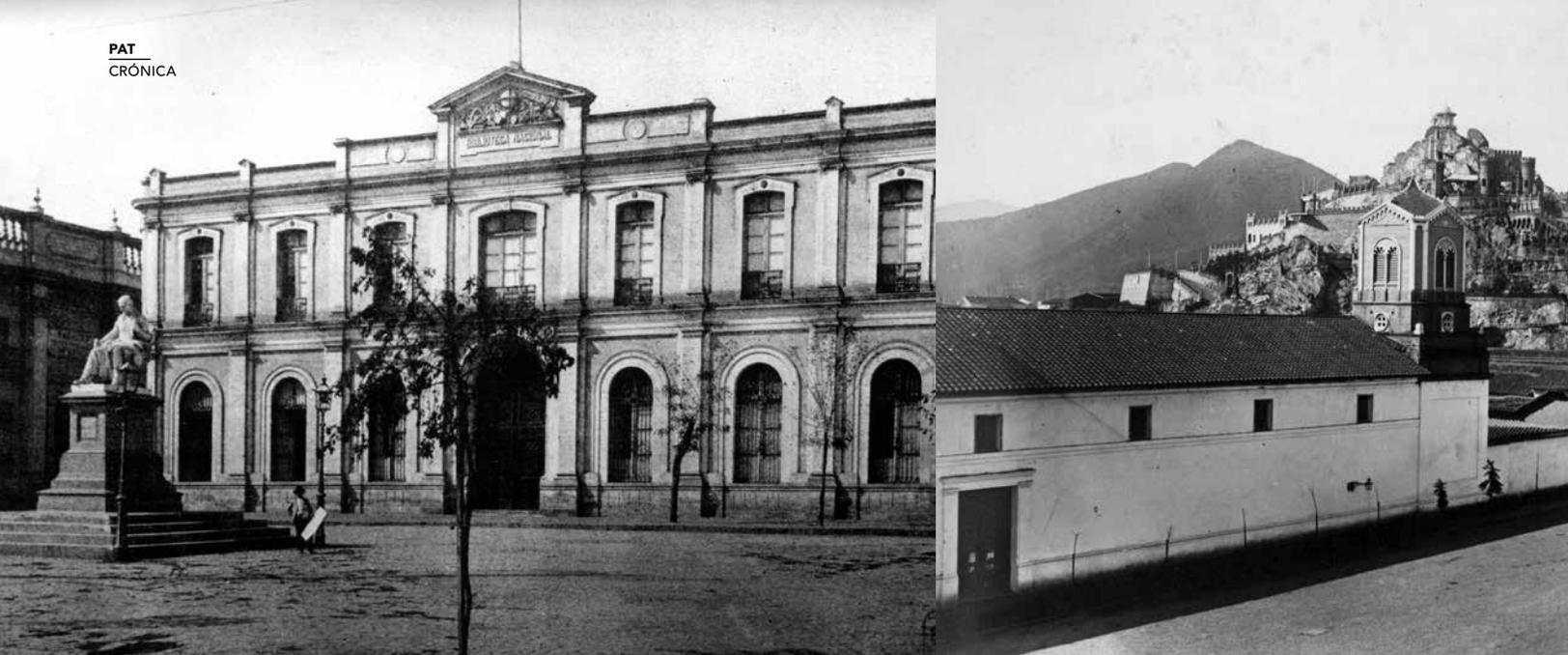
Leer un cómic o consultar cheques perdidos; copiar un poema de amor o escribir un ensayo: a la Biblioteca Nacional se va a buscar todo tipo de conocimiento, de mayor o menor calibre. En pleno centro de Santiago —vereda norte de la Alameda—, entre sopaipillas, transeúntes despeinados por el esmog, micros y vendedores ambulantes, la Biblioteca Nacional es un territorio de creación y pensamiento cuya vocación libertaria y tutelar se trazó ya en sus comienzos, hace 200 años.

Por Verónica Waissbluth / Fotografías archivo Biblioteca Nacional

Salón Central de Lectura,
hacia 1915.

DE TODOS





Una tarde de 2009, la señora Victoria Johnson hojeaba *El Mercurio*. Cuál no sería su asombro al encontrarse con su propia imagen impresa en una de las páginas. Se trataba de un retrato realizado a fines de los años 30 en el estudio Tunekawa, uno de los más reputados de la época. Seis décadas más tarde, su rostro anunciaba nada menos que una exposición de fotografía patrimonial en la Biblioteca Nacional. Esta había adquirido los retratos hechos antaño por Tunekawa e incluía el de Victoria en el afiche de la muestra. Orgullosa, la octogenaria “modelo accidental” visitó la exhibición y contó a sus organizadores que era ella la joven de la foto.

Tal como evidencia este episodio, la Biblioteca Nacional está indisolublemente ligada a la historia pública y personal de los chilenos. Así como se preservan allí las imágenes fotográficas de nuestro pasado, se guardan también nuestra música, nuestra poesía y nuestra prosa, nuestros tesoros cartográficos y nuestra tradición oral. Y, por supuesto, todos los impresos, de cualquier índole, producidos alguna vez en el país. Están desde los clásicos de la literatura —chilena y universal— al famoso silabario Matte, junto a los tomos

empastados de *Estadio*, *El Pingüino* y *Condorito*; ordenanzas de barrio y periódicos —cada uno de ellos, sin excepción—; centenares de folletos publicitarios y catálogos de ventas: todo minuciosamente etiquetado, encuadernado y ordenado en su depósito insondable, para ponerlo en manos de quien lo solicite.

Tan importante como sus impresos, sin embargo, es la relevancia de la institución en tanto núcleo germinal de nuestra identidad nacional. Entre sus muros se gestaron textos capitales como la Constitución de 1833 y el Código Civil. También se fraguaron allí innumerables entidades, desde la Sociedad Nacional de Agricultura a la Sociedad Bach. De hecho, esta fue una de las primeras bibliotecas nacionales de América Latina, establecida apenas tres años después de la proclama independentista de 1810.

Agitada por el desabastecimiento, los motines y las luchas intestinas, la Patria Vieja no ofrecía las mejores condiciones para levantar un centro público del saber, pero los líderes patriotas tenían perfectamente claro el gravitante papel

Se funda la Biblioteca Nacional y el periódico *El Monitor Araucano* publica un llamado a donar libros.

Con más de 8000 volúmenes, la Biblioteca se abre al público.

La Biblioteca se traslada a Catedral con Bandera, a un edificio especialmente construido para ella.

Se establecen las “bibliotecas populares” para expandir el radio de acción de la biblioteca central.

1813

1820

1841

1856

1814

1818

1823

1852

Tras el Desastre de Rancagua, se interrumpe la recolección de libros.

Se nombra bibliotecario a Manuel de Salas.

Se establece como sede el edificio de la Aduana, en Bandera y Compañía.

Se entrega la tutela de la Biblioteca a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.



DÓNDE ESTUVO ANTES

En sus comienzos, la Biblioteca funcionó en la antigua Universidad de San Felipe, ubicada en la manzana donde luego se levantaría el Teatro Municipal. Diez años más tarde se trasladó al edificio de la Aduana, en la esquina de las calles Bandera y Compañía. Se cuenta que los usuarios debían esquivar las coces de los asnos que traían mercadería desde Valparaíso, aunque poco se reparaba en ello, pues “contar con una biblioteca era una felicidad que ni los burros podían destruir”, cuenta el antiguo reportero Julio Arriagada Herrera¹.

Dado el aumento de las adquisiciones, se hacía necesario un nuevo traslado, esta vez a la esquina donde se instaló posteriormente el Congreso Nacional. Hasta allá se mudó también el Museo de la Biblioteca, que se había instalado en el local anterior, y donde en 1845 se exhibió el primer microscopio en Chile, para cuyo uso había que pedir hora con un mes de anticipación.

Hubo una nueva mudanza antes de que se construyera el edificio actual, en 1925. La obra se emplazó en el terreno que hasta entonces había ocupado el Convento de las Monjas Claras. Y es por todos sabido que entre los volúmenes más añosos se sienten hasta hoy pisadas misteriosas o soplos de aire frío: son las monjas fantasmales que, desconcertadas por lo que leen los usuarios, recorren los espacios virtuales de su antiguo convento.

¹ *Mapocho*, anexo del N° 3, 10-1963.

A la izquierda: edificio del Palacio del Real Tribunal del Consulado, donde se realizó la primera Junta de Gobierno en 1810, y en el que se estableció la Biblioteca Nacional en 1886. La estatua de la izquierda es la de Andrés Bello, hoy frente a la Universidad de Chile.

Al centro: la edificación de muros blancos corresponde al monasterio de las Monjas Claras, construido a comienzos del siglo XVII, en cuyo terreno se estableció luego la actual sede de la Biblioteca Nacional.

A la derecha: construcción de la actual sede.

La Biblioteca Nacional no fue concebida solo para los intelectuales. Desde sus orígenes se explicitó su carácter público y abierto a todos, desde literatos e investigadores hasta simples lectores de periódicos, sumados a uno que otro estudiante "cimarrero" y curioso.

Se publica el primer Boletín de la Biblioteca Nacional, con la nómina de todos los libros y periódicos ingresados a la institución.

1901

1886

La Biblioteca se traslada al antiguo edificio del Consulado y el Congreso.

del conocimiento en toda emancipación ciudadana. Así, decretaron su fundación en agosto de 1813, considerando que “el primer paso que dan los pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes bibliotecas”¹.

Con ello se afianzaba la “libertad naciente, conforme al rito de las más avanzadas civilizaciones (...). Lo que en otras sociedades ha sido la última palabra de la evolución, entre nosotros fue un punto de partida”, observaba en los años 60 el conocido periodista Félix Nieto².

Pero la biblioteca no fue solo un símbolo de la gesta independentista, pues contribuiría también a hacer realidad el proyecto republicano que hasta ese momento solo existía en la imaginación de algunos ilustrados. Y es que la idea de una nación autónoma —un nuevo país— era más bien ajena a la mayoría: había que difundirla entre la población y lograr que esta la hiciera suya. “Los chilenos de la época se sentían

más cerca de la Corona española que del Estado emergente; los habitantes del país eran igualmente compatriotas de los mexicanos o de los peruanos que de sus vecinos en el pueblo del lado”, explica el historiador Jaime Rosenblitt, investigador del Centro Barros Arana. “Era necesario generar un sentido de pertenencia a la nueva comunidad”.

La difusión del conocimiento sería una de las primeras estrategias para lograrlo. Esto implicaba un giro radical en las costumbres, pues si hasta entonces el saber era privativo de la universidad y las congregaciones religiosas, ahora sería entregado a los ciudadanos por el Estado.

Por lo demás, no se trataba de conocimientos triviales, sino de las ideas de la Ilustración. La mayor parte de los chilenos no las había oído jamás, pues figuraban en libros como la *Enciclopedia* de Diderot o las obras de Rousseau y Montesquieu, censuradas por el clero y el rey.

Los “buenos libros, el trato con extranjeros, y cuanto puede nacer entre los colonos pensamientos de libertad, es sospechoso y odioso a las Metrópolis”, publicaba al respecto

1 *El Monitor Araucano*, 19-08-1813.
2 Félix Nieto del Río. “Entre millares de libros: la Biblioteca Nacional”, *Mapocho*, anexo del N° 3, 10-1963.

Lam. 16.

Bonaci Cardenal, fig. I.

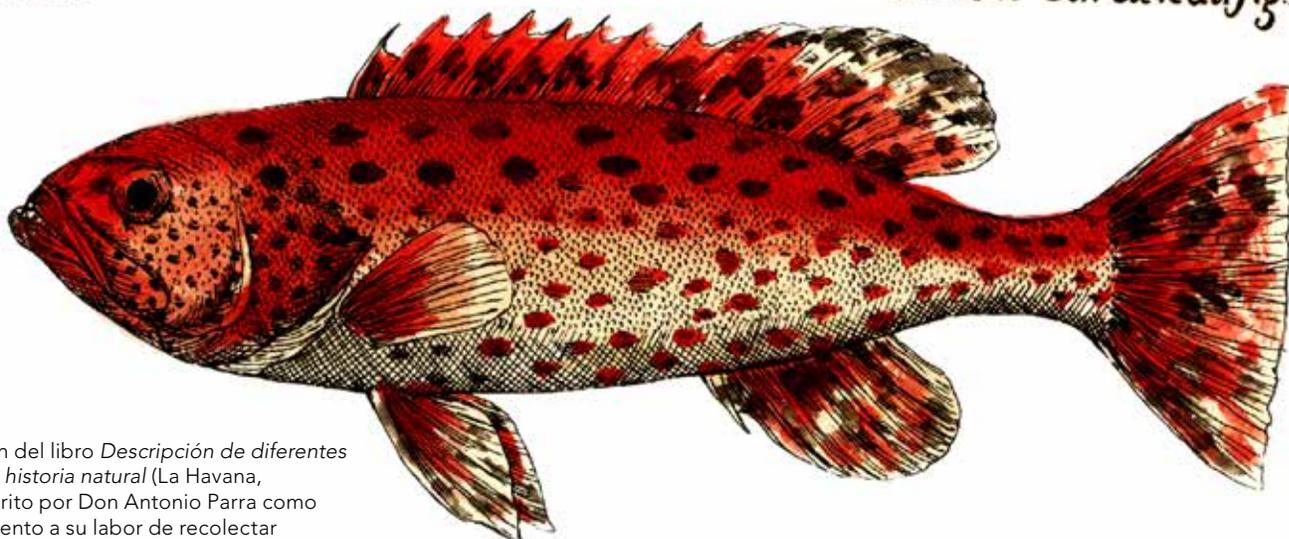


Ilustración del libro *Descripción de diferentes piezas de historia natural* (La Havana, 1787), escrito por Don Antonio Parra como complemento a su labor de recolectar especímenes para el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid.

El gobierno compra el terreno del Convento de las Monjas Claras para construir ahí el edificio actual.

Se crea la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam).

Se inaugura un nuevo cuerpo del edificio, hacia el norte, con salida a calle Moneda.

1913

1929

1958

1925

1933

Se inaugura la nueva sede, donde luego se instala también el recién creado Archivo Nacional. José Toribio Medina dona su colección.

Pensando principalmente en el público obrero, se crea la sala de atención nocturna.

*El Monitor Araucano*³, principal órgano de la Junta de Gobierno presidida por Mateo de Toro y Zambrano. Con su contenido incendiario, los textos “contrariaban el sistema colonial de la ignorancia y del silencio planteado por la bárbara España” y, por lo tanto, eran “proscritos por la tiranía inquisitorial”⁴.

Pero había un problema para difundir la lectura: el analfabetismo consuetudinario de los habitantes del territorio de Chile, que apenas conseguían garabatear una firma y, a lo más, descifrar con esfuerzo novenas y gacetas reales. Era imprescindible educarlos. “Por así decirlo, era necesario darles un *upgrade* cultural a través de la instrucción, lo cual exigía activar fuertemente el rol público de la Biblioteca para la formación de profesionales y educadores”, indica Rosenblitt.

LOS PRIMEROS LIBROS

Junto con educar a los chilenos —favoreciendo así su adhesión a la nueva comunidad—, la biblioteca consolidó su carácter nacional al erigirse como guardiana de nuestro acervo cultural. La cuestión, sin embargo, era cómo proveerse de libros, un bien no precisamente abundante en el Santiago de la época. Se decidió entonces solicitar la “suscripción patriótica” de los vecinos, con donaciones de volúmenes o de dinero para adquirirlos. Se recibieron unos pocos libros de teatro y poesía, más algunos diccionarios y tratados de ciencias. Pero este material no alcanzó a incrementarse, pues en 1814 comenzó el periodo conocido como “la Reconquista” y, con ello, el cierre de la recién nacida institución; al decir de un diplomático, españoles y realistas temían “más a los libros que a las bayonetas”⁵.

Pero apenas liberado Chile tres años después, la biblioteca reabrió. Hubo instrucciones claras y precisas del director supremo Bernardo O’Higgins para la inmediata incorporación de los cerca de cinco mil volúmenes dejados en el país por los jesuitas expulsados en 1767, y almacenados en la antigua



Manuel de Salas, primer bibliotecario del establecimiento y uno de los eruditos más connotados de la época.

Universidad de San Felipe.

Otra disposición de O’Higgins fue designar como director —“bibliotecario”, se decía entonces— al abogado Manuel de Salas, quien poseía un variado historial de iniciativas en favor del bien público, entre ellas la abolición de la esclavitud, la promoción del cultivo del cáñamo y el mejoramiento de las cárceles. Proverbial educador, se lo consideraba el compatriota más erudito de su época, y encarnó cabalmente el espíritu de la Ilustración que había inspirado la emancipación nacional.

Se dice que Manuel de Salas idolatraba la Biblioteca Nacional “como un amante a su querida”⁶. Dispuso que fuera abierta todas las mañanas, salvo en días festivos, y que imperase en su interior el silencio ceremonial que aún la caracteriza. La cronista y viajera inglesa Mary Graham visitó el lugar en aquel tiempo, catalogando a su director como un “instruido y culto caballero”⁷.

Al empeño de Manuel de Salas se debe la implantación del depósito legal y el canje internacional, dos prácticas fundamentales en el quehacer de la institución. La primera

3 *El Monitor Araucano*, 4-09-1813.

4 *Archivo de don Bernardo O’Higgins* (1942), Tomo X, Santiago: Nascimento, 126-129.

5 Félix Nieto del Río. “Entre millares de libros: la Biblioteca Nacional”, *Mapocho*, anexo del N° 3, 10-1963.

6 Amunátegui Aldunate, Miguel Luis (1895). *Don Manuel de Salas*. Santiago: Imprenta Nacional.

7 *Diario de su residencia en Chile* (1822) y *su viaje al Brasil* (1823), Madrid: Editorial América.

Se publica el primer número de la revista *Mapocho*, continuadora del *Boletín de la Biblioteca Nacional*.

A partir de este año y hasta 1969, se inauguran los *Archivos del Escritor* y de la *Palabra*, la *Mapoteca* y la sección *Música y Medios Múltiples*.

Se crea la *Hemeroteca*.

Se crea la sección de *Referencia y Bibliografía*, que centraliza las obras de consulta general.

Se crea el *Archivo de Literatura Oral*.

Se inaugura el portal de contenidos culturales www.memoriachilena.cl.

Se inaugura el *Salón de Lectura*, con la presencia del presidente Jorge Alessandri.

Se ordena sacar del catálogo las fichas de libros asociados con el marxismo, el socialismo y el comunismo.

El edificio es declarado *Monumento Nacional*.

Se crea el *Centro de Investigaciones Barros Arana*.

Se crea el *Archivo Fotográfico y Digital*.

Se crea el *Departamento de Colecciones Digitales*, que coordina políticas de digitalización, preservación y difusión del patrimonio.

exigía entregar a la Biblioteca cuatro ejemplares de cada producción de la imprenta del gobierno; la segunda disponía que dos de ellas se remitiesen al bibliotecario de Buenos Aires, en Argentina, para que él retribuyese a su vez con las últimas publicaciones trasandinas.

COLECCIONES FUNDACIONALES

Tras la muerte de Manuel de Salas y el retiro de su continuador, Fray Camilo Henríquez, la biblioteca llevó “una vida lánguida, casi mendicante, reducida algunos años a simple gabinete de lectura de periódicos, los cuales ni podía coleccionar siquiera, porque carecía de medios adecuados para su conservación”⁸. Pero en 1825 llegó un metódico y severo director que se quejaría ante el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de que “...la mayor parte de los que concurren a la Biblioteca Nacional no leen otra cosa que Periódicos y Novelas, ocupando algunos de ellos tres y cinco horas diarias en esta fútil lectura, que si dedicasen a algún ramo importante del saber humano haría progresos”⁹.

Para contribuir a dichos progresos, el director puso todo su empeño en consolidar la biblioteca como centro de documentación obligado de investigadores y escritores.

Uno de sus logros fue la promulgación de la Ley de Propiedad Literaria en 1834. Esta ampliaba las disposiciones de Manuel de Salas, pues exigía copias de cada producción no solo a la imprenta gubernamental, sino a todas las imprentas del país.¹⁰

Dicha ley promovió un notorio incremento de las existencias de la Biblioteca, que en 1846 aumentaron al doble con la incorporación de los libros personales del recién fallecido constitucionalista Mariano Egaña. Con más de diez mil volúmenes, el acervo de Egaña era el mejor conocido hasta el momento en Chile, superando a la misma Biblioteca. La Biblioteca Nacional de Chile se posicionaba así como una de las mejores de América, acrecentando su prestigio con la adquisición, a lo largo del siglo XIX, de las colecciones de Andrés Bello, Benjamín Vicuña Mackenna, Claudio Gay, Diego Portales, Rafael Sotomayor y Aníbal Pinto. Este prestigio se fortaleció también con el primer catálogo impreso de toda la bibliografía disponible, publicado en 1854, y con la creación posterior de la Sección de Manuscritos a partir del material que se recibía desde los juzgados.

AFANES DE JOSÉ TORIBIO MEDINA

A las valiosas colecciones decimonónicas se sumaron en el siglo XX otros conjuntos bibliográficos ilustres: el del

Grabado del libro *Viage del Comandante Byron al rededor del mundo*, traducido por el Dr. Don Casimiro de Ortega. Madrid. En Casa de Don Francisco Mariano Nipho, 1769.

publicista e historiador Enrique Matta Vial (1940), con las obras clásicas de la historia y la literatura chilenas; el Fondo Raúl Silva Castro (1970), con ediciones anotadas o prologadas por su propio dueño, más un importante archivo de recortes, hoy en Referencias Críticas; la Biblioteca Guillermo Feliú Cruz (1974), con los libros de uno de los más respetados directores de la institución; y la Biblioteca Antonio Doddís (1990), con valiosos estudios sobre literatura medieval.

Pero los fondos más relevantes fueron legados por los historiadores Diego Barros Arana y José Toribio Medina. El primero donó en 1920 sus libros de historia americana y los manuscritos de su descomunal *Historia de Chile*, almacenados en una sala donde funciona actualmente el centro de investigación histórica que lleva su nombre, y que es uno de los más importantes del país.

En tanto, la célebre colección de José Toribio Medina (donada en 1925) es fruto de la paciencia “benedictina” —según la aguda descripción del historiador Domingo Amunátegui Solar¹¹— que el bibliófilo y coleccionista desplegó durante su vida entera, recopilando las fuentes históricas del Chile colonial en textos de referencia obligada para todo especialista. Obsesivo fumador de habanos, Medina rastreó y transcribió los Archivos de la Inquisición, lo mismo que los Archivos de Indias en Lima y en Sevilla, que contenían todos los registros oficiales de la administración del Imperio, así como facsímiles de los títulos de imprenta publicados en la totalidad de América durante el largo periodo de la Colonia. Se trataba de los documentos y relatos fundamentales del continente a partir de su descubrimiento, incluidos algunos ejemplares únicos en el mundo. Él mismo dispuso la arquitectura interior de la sala, con dimensiones que se adecuaban perfectamente a su físico esmirriado. Enchapada en maderas nobles y ornamentada con objetos del bibliófilo y pinturas que retratan su vida, el recinto suscita hasta hoy la reverencia y el asombro de los visitantes.

UN ESPACIO DE LIBERTAD

Pero la biblioteca no fue concebida solo para los intelectuales. Desde sus orígenes se explicitó su carácter público y abierto a todos, uniendo a los literatos e investigadores más destacados con los simples lectores de periódicos, y con uno que otro estudiante “cimarrero” y curioso.

Al aproximarse el siglo XX, los usuarios habían aumentado a diez mil anuales, resultado quizás de la creciente alfabetización en el país —en 1920, más de un cincuenta por ciento de los chilenos sabía ya leer y escribir, contrastando con el magro

8 Ídem.

9 Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 3, ff. 7-8.

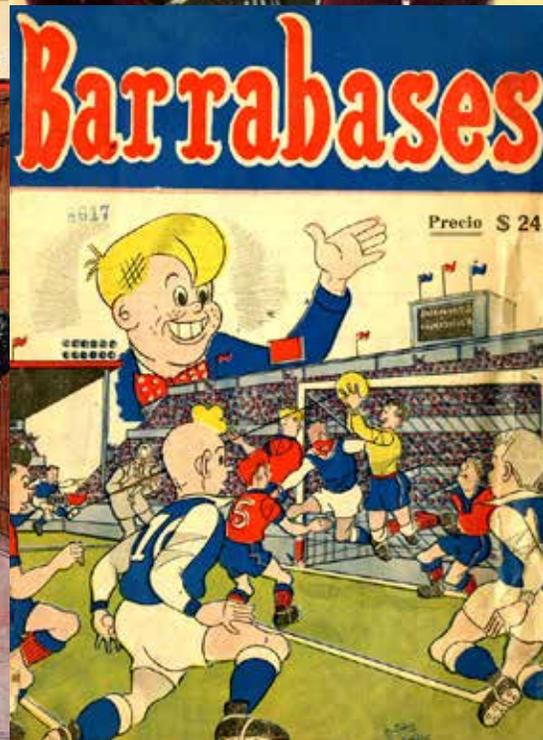
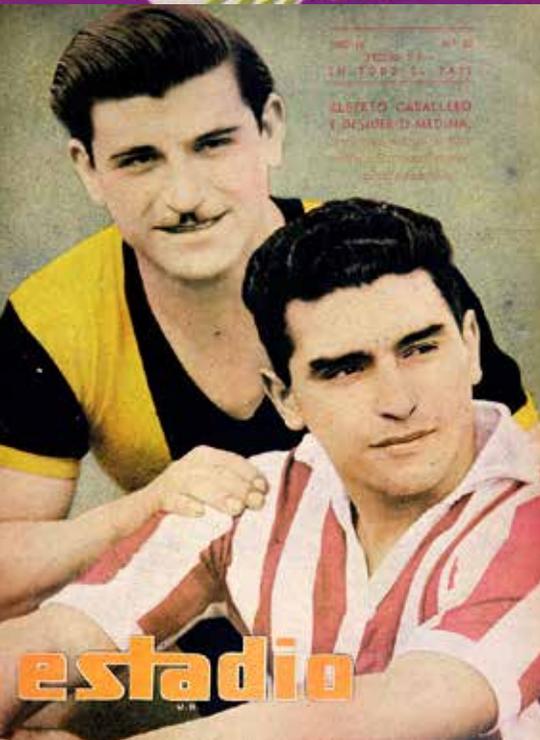
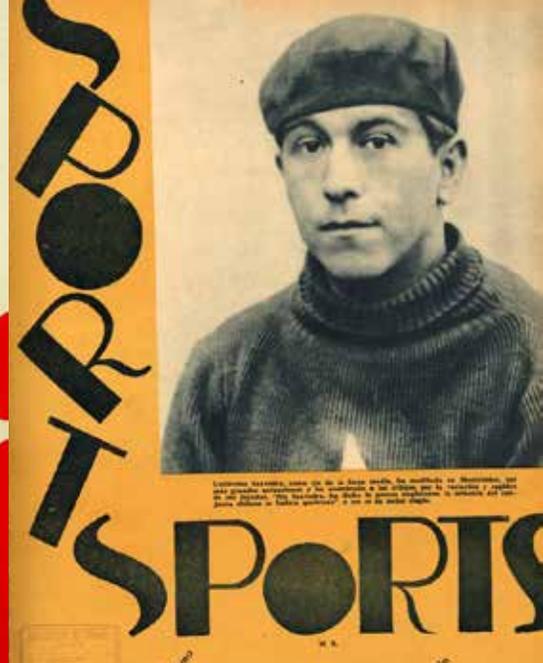
10 Dicho cuerpo legal antecedió a la Ley de Depósito Legal de 1925, enmarcada hoy dentro de la Ley 19.733 sobre libertades de opinión e información y ejercicio del periodismo, publicada el 6 de junio del año 2001. Según dicha normativa, todas las imprentas, productoras de cine y video, sellos musicales y publicaciones electrónicas tienen la obligación de enviar a la Biblioteca Nacional un determinado número de ejemplares al momento de su publicación.

11 Amunátegui Solar, Domingo (1932). *José Toribio Medina*, Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.



*Presenta un Marinero Ingles à la Mujer de un Gigante
Patagon un pedazo de bizcocho para su Niño.*

Cruz. sc.



Muy diversas revistas, desde las más doctas a las más populares, se encuentran en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

22,9 de 1875¹²—. “La modernización finisecular nos arroja a un escenario nuevo y plural, con espacios urbanos, actitudes vitales, sensibilidades y públicos heterogéneos. Un mercado cultural en proceso de ampliación y diversificación”, señala Bernardo Subercaseaux en su *Historia del libro en Chile*¹³.

Sin embargo, el horario —solo hasta las cuatro o cinco de la tarde— acotaba severamente el perfil de los lectores. “Comerciantes, empleados judiciales y administrativos, militares ni estudiantes pueden concurrir a esas horas”, decía la prensa en 1901, criticando el hecho de que solo acudían cesantes y recordando que la biblioteca “no es para entretener a desocupados”¹⁴.

Se implantó entonces el servicio dominical, y posteriormente la atención vespertina. Asimismo, diversos representantes de la institución viajaron al extranjero para aprender las técnicas modernas de catalogación.

Junto con ello, se instauró el sistema de préstamo a domicilio, en el cual la Biblioteca Nacional fue pionera respecto a otras en el continente. Uno de sus usuarios más frecuentes fue Hernán Díaz Arrieta —el conocido crítico literario Alone—, quien relata su primera visita a aquellos salones en las décadas iniciales del siglo: “Imposible olvidar la impresión de vértigo al hojear esos catálogos y pensar que, con una sola palabra, todos esos libros se pondrían a mi disposición. Era Aladino y la lámpara maravillosa. (...) Mi vida había alcanzado una regularidad de péndulo y la idea de la felicidad se me presentaba como la de un perpetuo ir y venir de mi casa a la Biblioteca y de la Biblioteca a mi casa. Debe ser lo que les pasa a los bebedores con las cantinas”.

Comenzaron a ofrecerse conferencias, lecturas y aun conciertos musicales, escandalizando a quienes no concebían actividades propias de teatros y salas de espectáculo en este “templo del saber”, territorio silencioso por excelencia. Aunque la introducción de un piano de cola en los años 20 fue vista como una profanación, las autoridades de la época impusieron su criterio, que seguía el ejemplo de las bibliotecas norteamericanas, más dinámicas y abiertas; por lo demás, había que hacer frente al impacto del recién llegado “biógrafo”, que con el séptimo arte cambiaría los hábitos de esparcimiento de los santiaguinos.

12 *Alfabetización, día internacional*. Instituto Nacional de Estadísticas (INE), septiembre 2006. Disponible en <http://www.ine.cl/filenews/files/2006/septiembre/pdf/alfabetizacion.pdf> [consultado el 05-07-2013]

13 Díaz Arrieta, Hernán (1976). *Préterito imperfecto: memorias de un crítico literario*. Santiago: Ed. Nascimento.

14 La Lei, Santiago, 3 de agosto de 1901.

Junto con educar a los chilenos —favoreciendo así su adhesión a la nueva comunidad nacional—, la Biblioteca consolidó su carácter republicano al erigirse como guardiana de nuestro acervo cultural.

En tanto, no pocos escritores del criollismo en boga —Fernando Santiván, Daniel de la Vega, Mariano Latorre— eran contratados para trabajar en distintas secciones de la Biblioteca. Latorre anotaría que en la sección Conferencias, cuyo jefe era el escritor Miguel Luis Rocuant, “se reunían en las tardes: pintores, actrices, poetas y novelistas”¹⁵.

Similar a dicho ambiente es el que aún se vive en la sección Referencias Críticas Raúl Silva Castro, creada a fines de los 60 para recopilar información sistemática sobre autores y escritura. A poco andar, el lugar se transformó “en un espacio de libertad, por el cual transitaba la mayoría de los escritores nacionales”, comenta Juan Camilo Lorca, encargado de la sección entre 1996 y 2011. Oreste Plath era uno de sus habitué, y recibía allí a amigos y a periodistas como si de su oficina se tratase. Se articuló así un grupo que el mismo Plath bautizó como “cofradía del papel”, integrado por Alfonso Calderón, Martín Cerda, Floridor Pérez y Jorge Teillier, entre otros. “¡Cuántos capítulos y hasta libros completos se habrán escrito sobre las mesas de esta Sección!”,¹⁶ escribe Justo Alarcón, el genuino articulador de Referencias Críticas y uno de los funcionarios más respetados de la Biblioteca Nacional en los últimos cincuenta años.

BIBLIOTECA EN LÍNEA

La vocación pública ejercida por la Biblioteca Nacional durante el siglo XX se proyecta hacia el siglo XXI con la globalización y la digitalización de las colecciones. Dichos procesos, que contribuyen aún más a democratizar el conocimiento, comenzaron con la automatización de los catálogos en

15 Latorre, Mariano. *Memorias y otras confidencias* (1971). Santiago: Ed. Andrés Bello.

16 Alarcón, Justo. *Roque Esteban Scarpa, Director de la Biblioteca Nacional (1967-1977)*, Ref. Críticas, Biblioteca Nacional.

PERSONAJES CURIOSOS

La biblioteca ha albergado siempre a un asombroso repertorio humano: hace unos años, por ejemplo, se comentaba de un caballero que fotocopiaba diariamente los obituarios para decidir a qué funeral asistir, y de un joven que leía los diarios junto a su muñeca inflable de tamaño natural. Ello, sin contar a los funcionarios de antología, como el pícaro auxiliar que en los 70 “vendió” el reloj de péndulo de la Sala Ercilla a un ingenuo recién llegado; o como cierto jefe de sección a mediados de siglo, cuya maniática pulcritud contrastaba con su obsesión por la etimología de las voces obscenas.

la década de los 80. Se abandonaron paulatinamente los pesados volúmenes con el listado de títulos, y el catálogo puede consultarse en línea desde el año 2000.

La digitalización, por su parte, cuenta con equipos electrónicos que trabajan a gran velocidad. Inicialmente, los documentos se escaneaban manualmente y de uno en uno, pero en 2010 se adquirió en Estados Unidos una máquina que digitaliza tres mil páginas por hora, y que hasta la fecha ha registrado cerca de un millón trescientas. El equipo incluye un brazo mecánico y un cabezal que lanza aire para dar vuelta las páginas, al tiempo que dos cámaras cenitales de alta resolución fotografían los documentos, enviándolos luego a un servidor.

La operación es clave para la globalización de nuestro patrimonio a través de diversos recursos electrónicos. El más conocido es el sitio memoriachilena.cl, del que se descargan 24 millones de documentos al año. Según el historiador Rafael Sagredo, conservador de la Sala Medina, el portal es una forma efectiva de “democratizar el acceso a los bienes culturales y patrimoniales, de mostrarse y exponerse a la curiosidad del mundo; de facilitar a un nivel prácticamente infinito, instantáneo y simultáneo, un acervo que hasta www.memoriachilena.cl era prácticamente desconocido e inalcanzable para la gran mayoría de la población”¹⁷.

Además, próximamente se pondrá en marcha la Biblioteca Nacional Digital, que dará a los usuarios la posibilidad de organizar sus propias carpetas y estanterías electrónicas. Se trata de un proyecto transversal que extenderá las fronteras geográficas y temporales de los lectores, con el fin de que se conviertan en dueños y señores de sus propias colecciones.

Pero la misión institucional se expresa también en el “cara a cara” con los visitantes. “La Biblioteca Nacional nos recuerda que tenemos una historia compartida, una ‘memoria que nos une’”, señala la historiadora Ana Tironi, subdirectora de la institución. “Queremos que más gente —jóvenes, viejos, niños— descubra aquí lo que se siente al encontrar un libro que parece haber sido escrito para uno mismo. Y queremos rescatar este espacio como un lugar de la ciudad abierto a todos, que —tal como hace doscientos años— contribuye a la difusión del conocimiento para hacer a los pueblos más civilizados y más felices”. P

Firma de Gabriela Mistral, cuyo vasto archivo personal fue donado a la Dibam en el 2007.

LAS PRINCIPALES SECCIONES

La Biblioteca Nacional posee piezas de enorme valor patrimonial: incunables como las *Siete partidas del rey Alfonso el Sabio*, de 1471; el *Modo de ganar el Jubileo Santo*, de 1776 —uno de los primeros impresos chilenos—, y una especial versión de *La nave de los locos* de 1488, con grabados de Alberto Durero. Las existencias están catalogadas de acuerdo con su origen, su carácter y su uso, y distribuidas en las siguientes secciones:

Sección Chilena: recibe el depósito legal e incluye todos los libros y folletos editados en el país, además de libros de autores nacionales, y algunos sobre Chile publicados en el extranjero.

Sección Fondo General: se conservan allí libros publicados en el extranjero desde 1550 en adelante. Buena parte de ellos proviene de las colecciones obtenidas por la Biblioteca o donadas a esta.

Sección Hemeroteca: conserva una vasta cantidad de revistas chilenas de todas las materias —técnicas, literarias, infantiles y de actualidad, entre otras—, con cerca de 7.000 títulos.

Sección Periódicos: en continua actualización, es la que más visitantes recibe; mantiene desde el primer periódico nacional —*La Aurora de Chile*— hasta los últimos publicados en el país.

Colección Cartográfica: posee más de 6.500 mapas, planos y atlas chilenos y extranjeros, de diversas épocas.

Archivo del Escritor: se originó a partir de la donación de los originales de Gabriela Mistral. Actualmente guarda más de 200.000 originales y cerca de 3.500 imágenes fijas.

Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares: incluye documentos y grabaciones de poesía popular, cantos a lo humano y a lo divino, refranes, cocina y costumbres en general.

Referencia y Bibliografía: reúne las obras de consulta de los usuarios —incluidas publicaciones de organismos internacionales—, con información en soporte impreso y/o electrónico.

Archivo de Referencias Críticas: recoge todo el material de prensa publicado en el país sobre la vida y obra de escritores nacionales. Incluye el valioso archivo de Joaquín Edwards Bello, entre otros.

Archivo de Música y Medios Múltiples: incluye grabaciones y partituras de la música compuesta y editada en el país, más un archivo de prensa sobre la materia.

Archivo Fotográfico y Digital: conserva desde daguerrotipos hasta fotos digitales. Posee cerca de 80.000 imágenes, obtenidas a partir de adquisiciones y/o donaciones, distribuidas en un fondo general y un catálogo de autores.

17 Entrevista en *Artelegie*, 08-09-2012. Disponible en http://cral.in2p3.fr/artelogie/IMG/article_PDF/article_a145.pdf [consultado el 05-07-2013].